

Policías que mataron policías: a propósito de *La búsqueda. Una entrevista con Charlie Moore* (Miguel Robles, 2010)

Diego Galeano



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/587>

DOI: 10.4000/corpusarchivos.587

ISSN: 1853-8037

Editor

Diego Escolar

Referencia electrónica

Diego Galeano, « Policías que mataron policías: a propósito de *La búsqueda. Una entrevista con Charlie Moore* (Miguel Robles, 2010) », *Corpus* [En línea], Vol 3, No 2 | 2013, Publicado el 20 diciembre 2013, consultado el 01 mayo 2019. URL : <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/587> ; DOI : 10.4000/corpusarchivos.587

Este documento fue generado automáticamente el 1 mayo 2019.

Licencia Creative Commons: Atribución-NoComercial 2.5 Argentina (CC BY-NC 2.5 AR)

Policías que mataron policías: a propósito de *La búsqueda*. Una entrevista con Charlie Moore (Miguel Robles, 2010)

Diego Galeano

- 1 Hace aproximadamente tres años, en los últimos meses de 2010, apareció en la ciudad de Córdoba el libro *La búsqueda*, de Miguel Robles. La aparición fue, en verdad, doble: dos ediciones separadas por pocos días, con dos tapas y dos subtítulos diferentes. La primera fue publicada en octubre por la editorial Jorge Sarmiento con el título *La búsqueda. Un reportaje con Charlie Moore*. Es probable que los cien ejemplares de esta “modestísima primera edición” –según palabras del autor– se hayan esfumado rápidamente entre manos de amigos, conocidos, periodistas, militantes de derechos humanos y funcionarios, incluyendo a la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, quien confesó públicamente estar leyéndolo. Esa confesión de lectura y algunas reseñas en los diarios bastaron para justificar una segunda edición, ahora de dos mil ejemplares, que inauguró la colección “testimonios” de un sello editorial de la Comisión y Archivo Provincial de la Memoria.
- 2 La nueva edición introduce algunas modificaciones. El subtítulo cambia la palabra “reportaje” por “entrevista”. Corrección acertada desde el punto de vista formal, porque el grueso del libro es un larga –larguísima– conversación de Miguel Robles con Charlie Moore, reproducida bajo el formato de una entrevista periodística, con preguntas breves y respuestas frondosas. Además de transcribir la grabación de un diálogo, los capítulos del libro reflejan el final de una historia, la conclusión de una larga–larguísima– búsqueda, coronada con el encuentro entre Moore y Robles en el aeropuerto de Manchester, en noviembre de 2009. Ese momento marca el final de una búsqueda y el comienzo de una historia, intersección de dos historias atravesadas por los efectos del terrorismo de Estado. La imagen de tapa de la primera edición pretende congelar ese momento: es una fotografía de Moore, sacada por Robles en el aeropuerto, en el preciso instante en que se vieron las caras por primera vez.

- 3 ¿Quiénes son Miguel Robles y Charlie Moore? ¿Por qué sus historias se juntaron en esta encrucijada? El autor del libro es un policía cordobés que en 1975 tenía cinco años cuando mataron a su padre, el Comisario Principal José Elio Robles, en la Ciudad Universitaria de Córdoba. En ese momento se instaló una versión oficial de los hechos que le atribuía el asesinato a Montoneros. Un comunicado de esa agrupación reconociendo la responsabilidad sobre el atentado apuntalaba la verosimilitud del relato que salió de la propia policía provincial y que, por la vía de los “partes de prensa”, se esparció en diarios locales. Algunos, sin embargo, cavilaban otras hipótesis, porque José Elio Robles era un policía de carrera pasado a retiro compulsivamente ese mismo año y distante de los aparatos de represión clandestina que entonces comenzaban a organizarse en torno al Departamento de Informaciones, más conocido como D2.
- 4 El repentino pase a retiro de José Elio Robles, que en 1975 tenía apenas 42 años, había sido ordenado por el Jefe de Policía, Luis Alberto Choux. Robles tenía abiertas y explícitas diferencias con la cúpula policial. Su muerte estuvo rodeada de una serie de detalles inusuales tratándose del asesinato de un comisario. A lo largo del siglo XX, la policía argentina –como tantas otras del mundo– cultivó una densa tradición de culto a sus muertos, a los “caídos en cumplimiento del deber”. Casi toda muerte violenta de un agente policial fue evocada como el más extremo de los “sacrificios” en la penosa tarea cotidiana de estar “al servicio de la comunidad”, las veinticuatro horas, en vigilia y alerta, enfrentando a los enemigos del orden. Esta figura del policía *caído* hunde sus raíces en la fórmula religiosa del mártir, que en terreno secular tuvo una gran eficacia para construir una narrativa heroica en torno a las guerras y los ejércitos nacionales (narrativa de himnos escolares, del soldado Cabral que “su vida rinde haciéndose inmortal”). En sede policial, también hubo himnos y poemas, discursos fúnebres cargados de emotividad, desfiles en la vía pública, cuadros de honor, panteones policiales en cementerios, estatuas y mausoleos atiborrados de imágenes alusivas al caído en cumplimiento del deber, como las tumbas de Falcón y Lartigau en el Cementerio de la Recoleta (Galeano 2011).
- 5 Todo este martirologio y hagiografía institucional acompañó la formación de la idea de la “familia policial”. Como han mostrado las más recientes etnografías de las fuerzas de seguridad en la Argentina, esta idea comunitarista contribuye al fortalecimiento de una distinción fundamental entre dos modos de integrar la policía: una forma “profana”, motivada por necesidad económica y afán de un salario estable cada mes, frente a una forma “sagrada”, en la que desempeñan un papel central los linajes familiares de policías que cultivan y celebran el *ethos* de la “vocación de servicio”.¹
- 6 Pues bien, la muerte de José Elio Robles una tarde de noviembre de 1975 reunía, en principio, todos los elementos necesarios para poner en acción los discursos y rituales de la figura del caído en cumplimiento del deber. En otros tantos casos, estar retirado o fuera de servicio no había impedido que la muerte fuera envuelta del ceremonial de los caídos, porque más que un trabajo o una profesión, el oficio policial es considerado una condición de existencia (un *estado*) que se carga consigo en todos lados, todo el tiempo y durante toda la vida. Bastaba con que esa muerte fuera violenta y que por detrás de esa violencia hubiera un sujeto que la policía consideraba un enemigo de la sociedad, del orden o de las buenas costumbres, para desencadenar la liturgia fúnebre de la institución. Así como había sucedido a comienzos del siglo XX con los enfrentamientos entre policías y anarquistas, en la década de 1970 un atentado de la guerrilla urbana (Montoneros, ERP) contra un agente policial, en actividad o retirado, cumplía las condiciones simbólicas de una muerte que excedía la esfera privada. Siguiendo esa lógica, la muerte de José Elio

Robles debería haber recibido un trato particular: un sepelio rodeado de colegas y discursos solemnes, su retrato incluido en esos cuadros de honor a los caídos que decoran los pasillos policiales, su familia asistida a través de pensiones y beneficios de las cajas de socorros mutuos. Sin embargo, nada de eso sucedió.

- 7 Al contrario, la viuda de José Elio Robles, madre del autor de este libro, tuvo que golpear puertas con insistencia para cobrar una pensión muy inferior a la que le correspondía, sin derecho a reclamos porque el sumario de su esposo se había incendiado “accidentalmente”. Ante la insistencia, terminó recibiendo amenazas no muy sutiles y optó por un largo silencio. Su hijo, Miguel Robles, creció en plena dictadura militar, creyendo que la agrupación Montoneros era responsable de la muerte de su padre. Años después del regreso de la democracia, siendo aún muy joven, entró a la Policía de Córdoba a pesar de la oposición de su familia. “Tal vez algo había quedado sin cerrar”, escribe ahora, en un capítulo agregado a la segunda edición. Ese capítulo –titulado *Papá*– narra los acontecimientos que rodearon a la muerte de José Elio Robles, la serie de irregularidades que bloquearon la investigación del crimen y la manera en que, tras años de silencio, la versión oficial sobre el asesinato comenzó a resquebrajarse y Miguel Robles inició la búsqueda que lo condujo a la entrevista con Moore. A poco tiempo de haber entrado a la policía cordobesa, algunos compañeros le transmitieron a Miguel Robles lo que desde 1975 perduraba como un rumor de pasillo: la versión del atentado de Montoneros era una fachada, hábilmente construida, para esconder un asesinato perpetrado por la propia policía, bajo las órdenes de la jefatura.
- 8 Miguel Robles supo entonces que acaso había ingresado a la institución responsable de la muerte de su padre. No decidió, sin embargo, huir despavorido. Prefirió orientar su carrera hacia la policía judicial, especializarse en investigación de crímenes, y llevar –en paralelo– una pesquisa silenciosa sobre el asesinato del comisario Robles. Al igual que el cineasta Andrés Habegger (hijo de un periodista argentino detenido y desaparecido en Río de Janeiro por militares brasileños en el marco del Plan Cóndor), y como otros familiares de víctimas del terrorismo de Estado, Miguel Robles emprendió la espinosa tarea de desandar lo que el poder judicial omitió, destruyó y ocultó. Robles revisó diarios de la época, entrevistó cientos de personas, recorrió laberintos de expedientes y, por fin, dio con lo que parecía ser el hilo de Ariadna:

"Me encontré con el asesinato del policía Manuel Cirilo Vaquinzay, un ex integrante del D2, el grupo de represión política de aquellos años. Coincidentemente, en el caso de la muerte de este policía, ocurrida el día 5 de septiembre de 1975, habían participado una mujer y un hombre jóvenes. Y también, inicialmente, se lo habría atribuido Montoneros, siempre según el reporte oficial. Pero había un testimonio, el de Carlos Raimundo Moore, alias Charlie Moore, que contradecía la versión oficial del caso Vaquinzay" (Robles 2010, p.30).
- 9 Militante del ERP, Charlie Moore había sido detenido en 1974 por la policía cordobesa, acusado de participar en la resonante ocupación armada de la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos de Villa María, el 10 de agosto de ese año. Aunque se escapó y volvió a entregarse, Moore estuvo preso en el D2 casi sin interrupciones entre 1974 y 1980, junto a su esposa Mónica Elena Cáceres, salvo breves traslados a otros centros clandestinos de detención de la Provincia de Córdoba. Entre los testimonios de diversos sobrevivientes del D2, La Perla y el Campo de la Rivera, el nombre de Charlie Moore aparece como uno de los “quebrados” que terminaron colaborando con sus captores.² Esa acusación le valió, inclusive, una condena a muerte dentro del ERP.

- 10 A fines de 1980, mientras la justicia federal lo imputaba por la ocupación de la Fábrica Militar de Villa María, Moore se fuga y atraviesa por tierra la frontera con Brasil. En la ciudad de San Pablo es protegido por autoridades del consulado británico y, antes de exiliarse a Inglaterra, deja un extenso testimonio ante autoridades del Alto Comisionado de las Naciones Unidas por los Refugiados. En esa declaración, Moore menciona algo que había escuchado en los pasillos del D2: bajo esa misma mecánica de atribuir a Montoneros supuestos atentados de la guerrilla, se escondían varios casos de policías asesinados por la propia policía.
- 11 No fue solamente un caso, ni dos. Además del comisario José Elio Robles y del cabo Manuel Cirilo Vaquinzay, a lo largo de la conversación con Charlie Moore van apareciendo otros nombres, uno atrás del otro, hasta llegar a doce asesinatos. Hubo policías que mataron policías: el lector se entera en las primeras páginas del libro, aún en los preámbulos de la entrevista con Moore. Así, cualquier versión monolítica de las “fuerzas de seguridad” o “fuerzas del orden”, cualquier idea de una policía maciza y sin grietas, se hace trizas rápidamente. Más que una formación coral constituida por voces monocordes y sujetos que acatan órdenes de un director de orquesta, la policía—según han mostrado numerosas investigaciones históricas, sociológicas y antropológicas— es ante todo un campo de luchas, un espacio de debates y enfrentamientos (Monjardet 1996). Por el libro de Miguel Robles desfilan personajes incómodos para los lugares comunes y clichés sobre los años setenta, esos “usos del pasado” que otros autores vienen discutiendo en publicaciones recientes (Hilb 2013 y Leis 2013). José Elio Robles fue policía y víctima del terrorismo de Estado. ¿El cono de sombras que cubrió a su muerte, ayudando a prolongar en el tiempo la farsa de la versión oficial, se habrá nutrido apenas de los silencios de los muros policiales? ¿O acaso se alimentó también de la imposibilidad de pensar, por fuera de esos muros, la doble condición de policía y víctima del terror?
- 12 ¿Y qué tanto podemos preguntarnos sobre el testimonio de Moore? Desde su declaración en San Pablo pasaron más de veinte años para que su voz fuera nuevamente oída. Más de dos décadas viviendo en Inglaterra, con su esposa y su hija nacida en cautiverio en 1976, *esperando ser escuchado*. Pero su presunta condición de “colaborador”, es decir de “traidor”, parece haber tenido mayor peso que el hecho de ser uno de los testigos que más y mejor conocieron el funcionamiento del D2 de Córdoba. Por eso Miguel Robles propone una tarea que asegura copiar de las técnicas detectivescas empleadas en el ámbito de la investigación criminal: cuando los indicios son demasiado confusos y las informaciones se contradicen, lo mejor es hacer *tabula rasa* y comenzar de nuevo, fingiendo que no se sabe nada. Esa tarea —dice Robles— consistió en “pensar de nuevo a Moore”. Pero lo que Robles hizo, antes que nada, fue escucharlo. Consiguió su número de teléfono, lo llamó, del otro lado atendió el propio Moore, quien al oír el apellido dijo imaginar el motivo del llamado: “¿Hablás por lo de tu padre, no? Lo mató el D2. Eso es un hecho. Pero no voy a hablar más por acá. No confío en los teléfonos, macho. Si querés, te invito a mi casa. Venite cuando quieras y hablamos acá” (Robles 2010, p.30).
- 13 En realidad, cuando Miguel Robles llegó a Manchester supo que no hablarían en la casa de Moore, sino que lo llevaría en una camioneta LandRover a un campamento cerca de Scarborough. Allí, en ese páramo gélido sobre la costa del Mar del Norte, se produjo una conversación de días y noches; un “punto de unión” —escribe el autor— entre dos historias de horror y de muerte. En ese punto comienza una conversación que ocupa doscientos cincuenta páginas de un libro de trescientas. En ningún momento aburre, aunque el ritmo de diálogo propuesto por Moore tiene la cadencia de quien ha esperado más de veinte

años para hablar y necesita contarle todo. La revelación sobre el asesinato del comisario Robles y de otros once policías cordobeses llega recién en el séptimo capítulo después de varias páginas de descripción del ingreso de Moore al D2, su trabajo en la sección de Fichero y Archivos, los traslados al centro de detención conocido como “La Escuelita” de Unquillo, las torturas y la relación cotidiana con los represores. El eje de todo ese relato inicial está centrado en la explicación de las condiciones y circunstancias que llevaron a Moore a colaborar para sobrevivir, para protegerse y proteger a su mujer y –según su punto de vista– preservar la vida de otros militantes que, por no saberlo, terminaron considerándolo un traidor.

- 14 En el séptimo capítulo irrumpe en el relato el esperado tema de la muerte de los policías (tan esperado, a esa altura, por el interlocutor de Moore y por los lectores del libro). Charlie Moore explica que a mediados de 1975 en el D2 se impuso la línea dura de los servicios de inteligencia del Ejército:

"Y ahí empezaron los asesinatos de los policías de escuela, de policías que objetaban lo que estaba pasando, de policías que se estaban quejando de la idea de que el Estado de Sitio traería orden, terminaría con la delincuencia subversiva y posteriormente terminaría con la delincuencia común. Y todo lo que había pasado era que esa delincuencia, la delincuencia común, ¡se había incrementado en un trescientos por ciento! Porque en la medida en que iban terminando con la llamada delincuencia subversiva, la delincuencia común venía creciendo exponencialmente y había comisarios de todos lados que comenzaban a tirar la bronca" (Robles 2010, p.129).

- 15 En esta misma página, donde Moore introduce la cuestión de la muerte de policías, aparece por primera vez una mención a José Elio Robles. La hipótesis de Moore es que los policías díscolos fueron primero pasados a retiro y, en algunos casos, asesinados. Según su versión fueron al menos doce y los homicidios se encuadraron en un plan para “desperonizar la represión” y reemplazar las cúpulas policiales por militares anti-peronistas. Aunque la historia de la policía argentina en la segunda mitad del siglo XX es un campo prácticamente inexplorado por la investigación académica, algunos trabajos recientes sugieren que la base policial, el grueso de la tropa y no pocos escalafones intermedios (eso que Moore llama en su testimonio “policías de escuela”) eran de extracción peronista (Caimari 2012). Eso coincide con la lectura de Moore, quien explica los asesinatos como el punto más extremo de una estrategia de desperonización de las fuerzas de seguridad, en la que cayeron “muchos policías de escuela, profesionales, que no estaban en modo alguno vinculados con el ERP, ni con los Montoneros, policías que eran simplemente peronistas o de antecedentes peronistas” (Robles 2010, p. 131).
- 16 Otros de los puntos en los que el relato de Moore revela una riqueza inusitada y una posible fertilización de la incipiente historiografía sobre la policía argentina, tiene que ver con la complejidad del vínculo entre la represión política y el control del denominado “delito común”. Así como contamos con escasísimos trabajos sobre la historia de la policía a partir de la irrupción del peronismo, menos aún sabemos sobre los delitos contra la propiedad en ese mismo período. ¿Qué sucedió con los robos, los asaltos armados y las estafas, fundamentalmente en los momentos en que buena parte de la policía se vio involucrada en tareas de represión política? Desde su punto de observación, es decir el D2, Moore sugiere que en 1975 se produjo un clivaje en la policía cordobesa con la incorporación de “supernumerarios” que no habían pasado previamente por las escuelas de formación.

17 Muchos de esos supernumerarios se convirtieron en secuestradores y torturadores. Integraron grupos de tareas y bandas que además de ejecutar las faenas más sucias de la represión, salían a robar y mataban sin aparentes fines políticos. Personajes tenebrosos y torpes, para Moore eran, ante todo, delincuentes comunes: “¡Eran todos chorros y piratas del asfalto! Asaltaban casas a mano armada, pero descaradamente” (Robles 2010, p.142). En el informe *Nunca Más*, la CONADEP ilustra a los robos en los domicilios de los militantes secuestrados con la idea del “botín de guerra”. Sin embargo, Moore hace referencia a otro tipo de hechos donde estos mismos grupos de tareas salían directamente a robar, en los propios vehículos usados para los secuestros y los atentados con bombas. El capítulo catorce (“Matar para robar”) está dedicado exclusivamente a ese tema:

"Cuando ya no podían sacarles dinero a los prisioneros, y como se habían acostumbrado a la buena vida, encontraron que con el choreo podían hacer gaita fácil. Y empezaron. Primero con el cuento ese de la piratería del asfalto. ¡Los piratas del asfalto eran todos del D2! ¡Y todos los integrantes de las brigadas civiles y de todas esas bandas, siempre estaban metidos en cuanto robo había en las rutas! Pero la cosa no paró ahí; porque ya no se trataba de chorearse un camión, sino que empezaron a asaltar casas" (Robles 2010, p.221).

18 Los robos perpetrados por bandas del D2 fueron, según Moore, de tal magnitud que sus integrantes terminaron poniendo un negocio de compraventa de muebles y electrodomésticos en pleno centro de Córdoba. Cuando llegaba la recaudación de ese negocio, se sentaban todos a tomar mate en el patio del D2 y abrían una bolsa de arpillera (“del tamaño de una bolsa de dormir”) repleta de billetes, que contaban y repartían. También se dedicaron al robo de autos que vendían luego de duplicar la documentación. Pero el dato más siniestro sobre los delitos de estos grupos de tareas es el pasaje referido al asesinato de sus competidores. De acuerdo con Moore, en 1977 las patotas del D2 comenzaron a secuestrar y asesinar “ladrones comunes” de la ciudad de Córdoba: en ese momento “comenzó la matanza más grande, que no fue de delincuentes ‘subversivos’, entre comillas. No. Ahí eran los comunes. Los barrían del mapa; los traían de a tres, cuatro, cinco por noche; los interrogaban y los mataban ahí mismo” (Robles 2010, p. 225). En suma, el relato de Moore describe a los grupos de tareas como una especie de lumpen-sicariato policial desprovisto de motivaciones ideológicas: “olvidate de cuestiones ideológicas o políticas, salían a matar solo para robar”. Estos mismos grupos fueron las que asesinaron a los policías.

19 La muerte del comisario Robles no es la primera en la serie narrada por Moore. Comenzó con el asesinato de dos ordenanzas del D2, luego le tocó el turno al sargento Sevilla y al cabo Torres, dos que habían rechazado la intromisión militar en la policía cordobesa. Después vino el caso de un chofer que se negó a participar en un secuestro, un agente de la Policía Federal, el cabo Vaquinzay y los comisarios Robles y Douglas Paz. Matar a un comisario no era una tarea sencilla, por sus posibles repercusiones dentro y fuera de la policía. Según Moore, fue el asesinato de José Elio Robles el que le permitió entender, al interior del D2, la mecánica de la tergiversación de las pruebas. Como en casos anteriores, la prensa cordobesa divulgó un comunicado de Montoneros adjudicándose el asesinato. Pero esta vez Moore vio a uno de los represores del D2, “el Boxer” Antón, redactando el supuesto comunicado de Montoneros. Supo entonces que para la confección de esos avisos fraguados, luego reproducidos por la prensa local, se usaban unos papeles membretados de la agrupación que la policía había secuestrado en una operación en la casa de miembros de la conducción de Montoneros.

- 20 Si esa era la mecánica del ocultamiento, la metodología de muerte era implacable y brutal. Siempre se aseguraban que los policías no quedaran vivos, disparando varias veces en diferentes lugares vitales. Un dato importante en el testimonio de Moore es la referencia a la presencia de mujeres en esas bandas asesinas. En particular, “la Cuca” Antón, quien según Moore participó del asesinato de José Elio Robles.
- “La Cuca’ Antón era la pistolera oficial del D2. Ella era la que mataba a los policías, siempre, en todas las operaciones. Vos si te fijás en la muerte de Robles, tu padre; o en la muerte de este chofer del D2, y en la muerte de un montón de policías, como también de los ordenanzas, ahí estuvo siempre una mujer: esa es “la Cuca”. El asunto es que “la Cuca” siempre jugaba como la pendejita inocente y así se te acercaba. Según algunos testigos, por ahí declaran que había una mujer en el D2 que parecía un cabaret. ¡Era ella!” (Robles 2010, p. 144).³
- 21 Mirta Graciela “la Cuca” Antón fue una de las personas señaladas por Charlie Moore como torturadora ante el Tribunal Oral Federal N°1 de Córdoba, en el marco del juicio contra Videla y otros treinta imputados por crímenes de lesa humanidad. Esa declaración, una videoconferencia desde la Embajada Argentina en Londres, tuvo lugar a fines de 2010, en paralelo con la aparición de *La búsqueda*.
- 22 El libro de Miguel Robles guarda, en sus últimas páginas, una última revelación: después de casi diez días de entrevista en Scarborough, Robles volvió a la casa de Moore y, en la cocina, tuvo una entrevista a solas con Mónica. Ese testimonio quedó afuera del texto, pero el autor promete su publicación aparte. Su valor –dice– reside en la presencia de otro punto de vista sobre el mismo cautiverio en el D2, una mirada “directa, de una persona sin ningún tipo de experiencia política”, despojada de “los avatares ideológicos”. Esa oposición entre el testimonio “ideológico” de Moore y el relato “humano” y “femenino” de Mónica fue quizás el único pasaje del libro que resultó poco convincente.
- 23 La larga entrevista con Moore muestra, más bien, la voluntad de producir un testimonio en el que lo político y lo íntimo se disuelven en la arena de la memoria. Uno de los tantos méritos de Robles es dejar al lector con deseos de leer el testimonio de Mónica. Sea cual sea la interpretación que el autor de *La búsqueda* haga de esas palabras, la voz de Mónica será leída como un documento de valor incalculable. Y ese valor no emana naturalmente de la voluntad de testimoniar, porque la memoria no es apenas un recipiente cargado de informaciones a la espera de ser abierto. Es, ante todo, un ejercicio. El testimonio de Moore es ahora de Moore pero también de Robles. Es el resultado de una búsqueda, del paciente trabajo de surcar–con honestidad y empatía– las condiciones de posibilidad de un testimonio. *La búsqueda. Una entrevista con Charlie Moore*, este estupendo libro de Miguel Robles, es la cosecha de alguien que supo poner el cuerpo y escuchar.

BIBLIOGRAFÍA

Caimari, L. (2012). *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Calandrón, S. (2013). Autoridad, género y moralidades en la configuración de la profesión policial: una etnografía en comisarías de la Provincia de Buenos Aires, Tesis de Doctorado en Antropología Social, Universidad Nacional de San Martín.

Frederic, S. (2009) Oficio policial y usos de la fuerza pública: aproximaciones al estudio de la policía de la provincia de Buenos Aires, en E. Bohoslavsky; G. Soprano (eds.). Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (de 1880 a la actualidad). Buenos Aires: Prometeo.

Galeano, D. (2011). Caídos en cumplimiento del deber. Notas sobre la construcción del heroísmo policial, en D. Galeano; G. Kaminsky (coord.). Mirada (de) uniforme. Historia y crítica de la razón policial (pp.185-219). Buenos Aires: Teseo.

Hathazy, P. (2006) Cosmogonías del orden: disciplina y sacrificio en los agentes antidisturbios, Apuntes de investigación, 11: 79-104.

Hilb, C. (2013) Usos del pasado: qué hacemos hoy con los setenta. Buenos Aires: Siglo XXI.

Leis, H. (2013). Un testamento de los años 70. Terrorismo, política y verdad en la Argentina. Buenos Aires: Katz.

Monjardet, D. (1996). Ce que fait la police. Sociologie de la force publique. Paris: La Découverte.

Robles, M. (2010). La búsqueda. Una entrevista con Charlie Moore. Córdoba: Ediciones del Pasaje.

Sirimarco, M. (2009). De civil a policía. Una etnografía del proceso de incorporación a la institución policial. Buenos Aires: Teseo.

NOTAS

1. Ver, por ejemplo Hathazy 2006, Frederic 2009 y Sirimarco 2009, p.142-143.

2. Ver, por ejemplo, la declaración de Teresa Meschiatti realizada en Ginebra el 20 de marzo de 1984 e incluida en el Informe de la CONADEP, Legajo No. 4279. Disponible en línea [consultado 30/11/2013]: http://www.pparg.org/pparg/carceles/cordoba/cordoba_capital/la_perla/_b/contentFiles/Meschiati.pdf

3. Algunas etnografías contemporáneas, basadas en investigación de campo en las comisarías, han advertido sobre la existencia de “usos estratégicos” de la violencia, diferenciados entre policías mujeres y policías varones. El sentido común que asocia a las mujeres con los eslabones más débiles de las cadenas de violencia, identificándolas con víctimas y sujetos a proteger, otorga a las policías mujeres un margen más holgado para un uso libre y menos controlado de la fuerza. Ver, por ejemplo, Calandrón 2013.

AUTOR

DIEGO GALEANO

Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil

Correo electrónico: dgaleano.ufrj@gmail.com